

A close-up, artistic photograph of a woman's face, focusing on her nose and lips. She has vibrant red lipstick on. Her hand is positioned near her mouth, with fingers slightly curled. The lighting is warm and soft, creating a sensual and intimate atmosphere. The background is a blurred, warm-toned surface.

# Date el Gustazo

Silvia García Ruiz

**Silvia García Ruiz**

Date el Gustazo

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Silvia García Ruiz, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019, 2021  
Avinguda Diagonal, 662, 6.<sup>a</sup> planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta  
Imagen de la cubierta: Shutterstock  
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2021

Depósito legal: B. 509-2021  
ISBN: 978-84-08-23810-2  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

## Capítulo 1

—Abby, si nos hemos reunido en esta noche de chicas es para tratar de decirte una vez más que... —comenzó Charlotte, intentando revelarle algo, con un poco de tacto, a su ingenua amiga.

—¡Que Curtis te la está pegando! ¡Que se está beneficiando a otra! ¡Que mete su pequeño y triste gusanito en otra manzana! En resumen, ¡que llevas una cornamenta más grande que los renos de Papá Noel! —concluyó Bethany sin delicadeza alguna.

—¡Vivan el tacto y la sensibilidad! —exclamó Charlotte con ironía—. ¡Bethany, recuérdame que nunca te llame para animarme! ¿No quedamos en que debíamos decírselo con sutileza?

—¡Venga ya! Lo que Abby necesita es que alguien le abra los ojos y después la ayude a quemarle las pelotas a ese maldito infiel para que no vuelva a utilizarlas. Lo primero lo estoy intentado hacer, y a lo segundo me apunto: conozco a unos matones que...

—Aquí nadie va a quemarle las pelotas a Curtis —suspiró Abby, resignada a las locuras de sus amigas, que en esas noches de chicas, reunidas en su apartamento, bebían más de lo aconsejado.

—Bueno, también podemos conectarle una batería a sus partes y...

—Nada de baterías.

—¡Pues me estás dejando sin opciones! —se quejó Bethany—, aunque tú dame una cuerda y unas pinzas para la ropa y yo...

—¿En qué os basáis para afirmar que Curtis me está siendo infiel? —preguntó Abby, consiguiendo que sus dos amigas se quedaran boquiabiertas ante sus palabras, que solo denotaban lealtad hacia un hombre que nunca la había merecido. Aunque eso, al parecer, era algo de lo que Abby aún no se había dado cuenta. Pero ¿para qué estaban sus mejores amigas sino para abrirle los ojos y mostrarle la verdad que ella intentaba ignorar en su feliz y cándida vida, que no era tan perfecta como imaginaba?

—Abby, Curtis suele llegar tarde a casa, te pone innumerables excusas absurdas para explicar sus retrasos y, cuando lo llamas, siempre tiene el móvil desconectado. Todo eso es sumamente sospechoso y demuestra lo poco que te valora.

—Charlotte, simplemente es un hombre muy ocupado con su trabajo, es nuevo en la empresa y su jefa lo tiene muy atareado. Agradezco vuestras buenas intenciones, pero no creo que él sea capaz de hacerme eso.

—¡Joder, Abby! ¡Que te los puso en el instituto, y luego de nuevo en la universidad...! —exclamó Bethany indignada.

—Pero ahora es distinto: Curtis me ha pedido que me case con él... y yo he aceptado —anunció Abby, lo que provocó que sus amigas se atragantaran con sus bebidas.

—¡Pero tú eres idiota! —gritó Bethany mientras se levantaba sulfurada del cómodo sofá y la señalaba acusadoramente con un dedo a la vez que se dirigía a Charlotte—: ¡Te dije que lo mejor era dejarla inconsciente con el alcohol y llevarla a donde ese idiota seguramente se esté tirando a otra! ¡Hasta que no lo vea con sus propios ojos no nos va a creer!

—Suficiente —declaró Charlotte, cansada de tanta estupidez—. Nos vamos. Trasladamos la noche de chicas a otro lugar —añadió para acallar las posibles protestas de Abby por arrastrarla fuera de su apartamento, ya que, estuviera preparada o no, Charlotte y Bethany estaban decididas a mostrarle a su amiga, de una vez por todas, la verdad de su relación.

Después de apretujarse en un taxi, las tres amigas llegaron

al White Queen, un caro hotel *boutique*, uno de esos pequeños lugares con pocas habitaciones en comparación con los grandes rascacielos de Chicago, pero que estaba dotado de una personalidad y una identidad propias gracias a toda la historia que atesoraban sus paredes sobre la ciudad que lo albergaba.

El antiguo edificio estaba situado a tan solo cuatro minutos de Magnificent Mile, el principal barrio comercial de Chicago. Esta concurrida zona albergaba exclusivas tiendas de moda y restaurantes selectos que toda chica que se preciara querría visitar. Tras caminar despreocupadamente por la recepción del elegante hotel, las tres amigas fueron directamente al lujoso restaurante del lugar, que últimamente estaba en boca de todos por el magnífico chef italiano que recientemente habían contratado para su cocina.

Bethany no dudó en abrirse paso entre la cola de gente que esperaba hasta alcanzar la barra del bar para solicitar unos agradables cócteles.

Mientras Abby trataba de deducir por qué razón sus amigas la habían arrastrado a ese lugar, no pudo dejar de admirar desde la barra a las amorosas parejas que la rodeaban en ese romántico ambiente. Todas ellas parecían tan felices... Quizá sus amigas habían querido darle una sorpresa y llevarla finalmente al sitio que siempre había deseado visitar desde su inauguración, un establecimiento al que Abby había pedido a Curtis que la llevara en innumerables ocasiones, pero este, a causa de su trabajo, que lo mantenía continuamente ocupado, nunca había tenido tiempo para ello... «Hasta ahora», pensó Abby con una mezcla de rabia y dolor cuando reconoció a su prometido entre una de las agradables parejas que disfrutaban de la velada.

La traición que captaron sus ojos en esos instantes fue aún más dolorosa para la joven al constatar que el hombre que nunca tenía tiempo para ella sí lo tenía para llevar a otra mujer a ese magnífico local que ella nunca había pisado. Los ojos de Abby se abrieron ante una realidad que ya no podía seguir negando con falsas mentiras, unas mentiras dirigidas hacia sí misma con las que trataba de engañar a su corazón, un corazón que en ese instante se había roto en mil pedazos. Aun así, intentó conti-

nuar con su costumbre de engañarse a sí misma, porque la mentira dolía menos que la verdad.

—Lo siento, Abby. Lo vi hace unos días. Al parecer, es cliente asiduo, tanto del restaurante como del hotel —reveló Charlotte, señalándole la mesa donde el «ocupado» Curtis compartía una romántica velada con otra mujer.

—Puede que sea su jefa —dijo ella—. O tan solo una amiga, o quizá su prima...

Pero sus patéticas excusas terminaron de derrumbarse por completo cuando Curtis, entre sensuales susurros, besó apasionadamente a su pareja, poniendo fin a toda posibilidad de malentendido o confusión acerca de la relación que podía tener con la mujer que lo acompañaba.

—Esa no es la forma en la que yo besaría a mi prima... —señaló Bethany, haciendo que Abby no pudiera escudarse más detrás de sus mentiras.

—¿Y ahora qué? —preguntó desolada—. He pasado ocho años de mi vida amando a Curtis, y ahora, ¿qué voy a hacer? Si incluso estábamos planeando casarnos y...

—¡Ya basta! ¡Voy a clavarle mis tacones de aguja en las pelotas a ese malnacido y luego te lo sujeto para que le des una paliza! —anunció con furia Bethany, levantándose precipitadamente de su taburete.

—¡No! ¡No voy a formar un escándalo por un hombre como ese! No lo merece... —manifestó Abby, deteniendo sus pasos.

—Entonces ¿qué vas a hacer? —preguntó Charlotte, preocupada por el tierno corazón de su amiga.

—Por lo pronto, emborracharme para olvidar este día... —contestó Abby.

Y tras terminar de un trago su copa, salió precipitadamente de ese bar porque no quería seguir viendo lo estúpida que había sido al confiar en ese sujeto. Sobre todo porque ese hombre siempre acababa camelándola con sus mentiras y haciendo que lo perdonara una y otra vez, únicamente porque su estúpido corazón había decidido amarlo.

Sin embargo, sus amigas no estaban dispuestas a que olvidara ese momento sin más, así que la siguieron del todo decidi-

das a impedir que enterrara de nuevo la cabeza bajo tierra con vanos pretextos para justificar o excusar a ese idiota traicionero. De modo que, guiando a Abby en esa locada noche por una decena de bares distintos, resolvieron hacer lo que toda buena amiga haría: ofrecerle una merecida venganza contra ese vil sujeto, la quisiera ella o no.

\* \* \*

«La noche de chicas no ha salido como yo pensaba», reflexioné tras ver mi salón de blancos muebles estilo *vintage*, con tapices y adornos de un tono rosado y verde que le otorgaban un aire romántico, ocupado por mis amigas.

Bethany, una llamativa pelirroja de ojos verdes que siempre sabía lo que quería, dormía a pierna suelta en mi sofá blanco de estilo clásico, tras desterrar al suelo mis cojines con estampados de flores, precisamente el lugar donde descansaba Charlotte, una serena morena de ojos marrones que en ocasiones era la más lógica del grupo y que ahora, dormitando sobre mi hermosa alfombra de época, estaba llenándomela de babas.

La pequeña mesa auxiliar rosa que siempre permanecía en medio de la estancia había sido relegada a un rincón, junto con el enorme montón de novelas románticas que había sobre ella y que mis amigas se habían dedicado a castigar poniéndolas boca abajo para que ninguna de ellas mostrara sus ensoñadoras cubiertas.

La habitación se había convertido en un caos con su paso por mi ordenado apartamento. Las botellas vacías y los vasos sucios se desperdigaban desordenadamente por la barra de la cocina; sus abrigo estaban tirados de cualquier modo sobre los taburetes, y también habían hecho de las suyas por algunas de las estanterías que abundaban en mi salón, donde habían dado la vuelta a todos los retratos en los que aparecía Curtis. Algo que, después de esa velada, no podía decir que no se mereciera.

Al principio de la noche había estado tremendamente ilusionada con la idea de contarles a mis amigas que estaba a punto de casarme con él. No había podido dejar de darle vueltas en mi mente ni un solo instante a la boda de mis sueños con el



hombre al que sin duda amaba. Y ahora, al final de la noche, ya no sabía qué coño estaba haciendo con mi vida porque todo mi mundo feliz se había derrumbado, demostrándome que esa estable relación y el amor que yo creía compartir con él era una gran mentira.

—¿Y ahora qué? —me pregunté en voz alta mientras me incorporaba desde mi lamentable posición en el suelo junto a mis mullidos cojines, decidida a buscar una nueva botella con la que olvidar temporalmente mis problemas. Pero cuando busqué en la cocina, pude comprobar que mis amigas ya habían acabado con todas ellas por mí.

—Véngate —dijo Bethany mientras se desperezaba en el sofá, mostrándome que, como la fiel amiga que era, había oído una vez más mis tristes lamentaciones. No obstante, esta vez me miraba con decisión, exigiéndome que le hiciera algo al hombre que me había hecho llorar.

—Yo no soy de ese tipo de mujeres, Bethany. Ni siquiera sabría por dónde empezar —confesé, sabiendo que mis enfados siempre duraban unos breves momentos.

—Tírate a otro —sugirió Charlotte con despreocupación mientras se levantaba del suelo, como si esa fuera la solución más lógica para mi situación.

—No puedo. Por más resentida con Curtis que me encuentre ahora mismo, no puedo olvidar que lo amo, y correr a los brazos de otro para hacerle daño únicamente me pondría a su mismo nivel.

—¡Pues corta con él el mismo día de la boda y lo dejas en ridículo delante de todos! —propuso Bethany con una malévo-la sonrisa.

—No —contesté confusa, sin saber qué hacer en esos instantes en los que mi mundo se había venido abajo. Y a pesar de todo, yo solamente pensaba en seguir adelante, como si nada hubiera ocurrido.

—¡Espera! ¡Espera! Piensas cortar con Curtis de inmediato y definitivamente, ¿verdad? —preguntó Charlotte, enfadada ante la posibilidad de que pudiera querer continuar con mi relación y me aferrara a un amor que no era verdadero.

—¿Estás loca? Después de lo que ha visto, por supuesto

que va a cortar con él —me defendió Bethany, a la espera de mi respuesta.

—Primero quiero hablar con él y aclararlo todo, y entonces...

—¡Entonces él te camelará con sus dulces palabras y tú volverás a ser una completa idiota de nuevo! —gritó Charlotte, furiosa porque mi respuesta no era la que ella esperaba.

—No, esta vez no voy a caer en sus mentiras. Yo...

—¡Ah, no! ¡De eso nada! ¡Eso fue lo que nos dijiste la última vez que discutisteis y fuiste tú la que acabó pidiéndole perdón a ese gilipollas! Por ahí no paso... Tendremos que utilizar la artillería pesada. Bethany, ya puedes confirmar su registro en esa empresa que encontramos en internet y a la que Abby accedió a apuntarse ayer al rellenar la solicitud provisional con nosotras.

—¿De qué hablas? ¿Qué empresa? ¿Qué solicitud? ¿A qué narices accedí? —pregunté cada vez más preocupada, conociendo las locuras de las que eran capaces mis amigas. Especialmente cuando se hallaban bajo los efectos del alcohol.

—¡Hecho! —anunció Bethany triunfal mientras me enseñaba la pantalla de su teléfono móvil, en donde aparecía algún tipo de solicitud con todos mis datos personales que mi amiga había mandado a una empresa que parecía de esas que se usan para buscar pareja, algo que en esos momentos no necesitaba en absoluto, ya que yo ya tenía a un hombre con el que se suponía que iba a casarme.

Eso fue lo que intenté explicarles seriamente a mis amigas, pero, como siempre, estas no dejaron de sorprenderme al revelarme el tipo de agencia a la que me habían apuntado en realidad.

—Os agradezco mucho vuestros esfuerzos, pero lo último que necesito ahora es tener algún tipo de cita con un hombre que busque una pareja, cuando yo aún sigo prometida.

—Querida, ¿en serio crees que nosotras seríamos capaces de apuntarte a una de esas estúpidas agencias de contactos para solterones aburridos? —preguntó Bethany, luciendo en su rostro una maliciosa sonrisa que me llevó a temerme lo peor.

—Entonces ¿se puede saber dónde narices me habéis

apuntado? —quise saber, confusa, y más aún cuando las ladinas sonrisas de ambas se ampliaron mientras me mostraban una sucia servilleta de un bar que yo, en medio de mi borrachera, sin duda había garabateado, ya que esa era mi letra.

—No puedes negarte a probar lo que te ofrece esa empresa, Abby, ya que te comprometiste a apuntarte en ella —declaró orgullosamente Charlotte, sacando a la sagaz abogada que había en ella.

—Y si te niegas, publicaré todas las fotos de esta noche en las redes sociales... —amenazó Bethany, mostrándome algunas que daban fe de mi vergonzoso comportamiento de la noche anterior, en la que yo me había desmadrado un poco... «Bueno, vale, me desmadré mucho», pensé tras ver cómo me bebía un chupito de tequila en el ombligo de un camarero y era incapaz de recordar ese momento.

—No serías cap... —Y antes de terminar mis palabras me detuve porque conocía demasiado bien a Bethany, una mujer que no dudó en retarme alzando una ceja para que la pusiera a prueba—. Sí, sí eres capaz... —acabé reconociendo, logrando que mi vehemente amiga alejara su dedo del botón de la pantalla donde ponía «Compartir» junto a la vergonzosa fotografía—. Bueno, vale..., pero contadme, ¿a qué tipo de empresa me habéis apuntado? —suspiré, resignada a acudir a ella aunque solamente fuera una vez para acallar el acoso que esas dos eran capaces de llevar a cabo conmigo si no accedía a sus deseos.

Para darle más dramatismo al asunto, las dos recogieron lentamente sus pertenencias. Y solamente cuando se disponían a salir por la puerta, Bethany me mostró el nombre de la extraña empresa a la que me habían apuntado, aumentando con ello mis dudas.

—¿Date el Gustazo? ¿Se puede saber de qué va este negocio? —pregunté confusa. Y si había pensado que nada de lo que hicieran mis amigas podría llegar a sorprenderme, todavía no sabía lo equivocada que estaba.

—Te ayudan a ser infiel.

—¡Borradme de ahí pero ya! —grité muy enfadada, pero ellas simplemente me ignoraron y se fueron.

Finalmente, después de varios intentos infructuosos de contactar con ellas, no tuve más remedio que acudir a ver al hombre que dirigía esa empresa, rogando que, por lo menos, él fuera alguien racional y accediera a borrar mis datos de sus archivos, porque una mujer como yo, a pesar de los traspies, creía en el amor y en la fidelidad por encima de todo y nunca me atrevería a probar sus pecaminosos servicios, por más que pudieran tentarme.

O al menos eso era lo que pensaba hasta que conocí al mismísimo diablo...

\* \* \*

Tras trabajar duramente con mis amigos durante ocho años, al fin podía descansar y relajarme plácidamente sin que mi culo corriera el riesgo de helarse a causa de la inoportuna llegada de algún marido.

Mi lugar favorito en la empresa que habíamos creado entre los tres era mi despacho, de un estilo moderno que combinaba el color roble del parquet del suelo con el blanco impoluto de las paredes y con los tonos grises y negros del mobiliario, dotándolo de un aspecto elegante y cálido.

Frente a mí se elevaba una sólida mesa de madera noble, en la que apoyaba mi moderno ordenador de última generación, indispensable para mi labor. En un rincón de la estancia disponía de un cómodo sofá negro junto a una estrambótica lámpara que aún no sabía cómo encender. En la esquina opuesta, un armario archivador que contenía los ficheros físicos con los datos personales de los clientes y, junto a este, un moderno mueble bar con las bebidas de rigor para no desesperarme ante las lamentaciones o las mentiras que inevitablemente me encontraba en las solicitudes que me remitían los aspirantes a convertirse en usuarios de nuestros servicios.

De las paredes colgaban varios cuadros que mostraban distintas imágenes de Chicago, cuadros que yo no me molestaba en admirar porque, cuando me daba la vuelta en mi enorme y mullido sillón giratorio, a mis espaldas podía contemplar de primera mano las impresionantes vistas de mi ciudad tras las

amplias cristaleras, que también daban testimonio de lo alto que había conseguido llegar.

Nuestro negocio tenía sus oficinas ubicadas en el piso veinte de una torre de veinticuatro pisos, y se situaba estratégicamente entre la zona comercial y la zona financiera de Chicago, haciéndonos muy accesibles para toda persona que buscara nuestros servicios.

Mientras esperaba a mi siguiente visita y me preguntaba qué buscaba una persona como ella de una empresa tan escandalosa como la nuestra, no pude evitar recordar cómo esa estúpida idea del pasado, que al principio mis socios y yo nos tomamos como una broma, se había consolidado en un espléndido y floreciente negocio. Observando las hermosas vistas de la ciudad, recordé cómo era yo antiguamente con una irónica sonrisa en los labios.

Ese estúpido y perdido adolescente vapuleado por la vida había quedado atrás hacía mucho. Ahora, algunas personas me describirían como un hombre insensible, frío y, tal vez, preocupado. Muchas mujeres me habían dicho que era perverso y malicioso y que mi negocio solo inducía al pecado... pero, claro, eso era lo que pensaban antes de decidirse a contratar los servicios de mi empresa.

¿Que a qué se dedica mi empresa? Por resumir, se dedica a reunir a personas que poseen intereses afines..., aunque tal vez estos «intereses» no estén demasiado bien vistos por la sociedad.

No es uno de esos negocios empalagosos que tratan de unir a gente que busca estúpidamente ese sentimiento al que llaman *amor*, cuando en realidad quieren decir *sexo*. Mi trabajo es mucho más realista: yo me dedico a unir a personas que quieren experimentar la excitación de lo nuevo, la lujuria, el sexo desenfundado y, cómo no, a aquellos clientes que quieren engañar a su pareja. A todos ellos les doy la bienvenida a mi empresa con los brazos abiertos y los animo a dejar atrás el aburrimiento de la monotonía para adentrarse en el apasionante mundo que se abre ante sus ojos al incurrir en el delicioso pecado de la infidelidad, algo que no dudan en probar entre los brazos de algún incitante desconocido que no les negará nada de lo que sí

les niega su pareja, especialmente cuando nosotros les podemos ofrecer toda clase de coartadas y contactos para que sigan pecando.

Aunque este provocador negocio pueda parecer excitante e interesante, también tiene su lado negativo: cuando una de las partes de esas «amorosas» parejas que llevan muchos años juntos, apoyadas en la firme y cómoda rutina del matrimonio, decide acudir a mi compañía en busca de algo nuevo... y finalmente lo halla. El problema está en que a mi despacho siempre acude algún hombre bastante furioso que me culpa de que su abandonada esposa haya encontrado la pasión en brazos de otro, o bien alguna que otra llorosa y desconsolada mujer que me reprocha que le hayamos dado a su marido bastantes facilidades para encontrar a otra.

Ante los sulfurados maridos no tardo demasiado en llamar a seguridad. En cuanto a las mujeres, no puedo hacer otra cosa más que ofrecerles algunos de nuestros servicios, y es que, a pesar de que más de una me haya llegado a otorgar el papel de un villano destrozahogares, no puedo evitar mostrarme débil ante el sexo femenino.

Más de una vez he oído de mis amantes que sería el hombre perfecto si no fuera por un pequeño detalle: no creo en la fidelidad. Opino que ese concepto es un cuento, una excusa para negarnos nuestros deseos más profundos y para justificar falsamente, ante los demás y ante nosotros mismos, que estar siempre con la misma persona puede ser algo maravilloso en lugar del eterno aburrimiento y fastidio que realmente es.

Nunca he mantenido una relación ni asistido a una cita que no tuviera como finalidad acabar teniendo sexo. Nunca he sufrido esa sensación denominada *celos* que muchos hombres sienten al ver que otros se acercan a la mujer con la que están. Nunca he sentido las ganas de retener a mi lado a una mujer y, sobre todo, nunca he experimentado ese iluso sentimiento que muchos definen como *amor*.

Y así esperaba que se desarrollara mi vida, siempre yendo de una amante a otra, viviendo la pasión del momento y probando nuevas perversiones junto a mujeres que deseaban lo mismo que yo y nada más..., hasta que vi la foto de la que sería

mi nueva clienta y aprecié en ella una inocencia y una ingenuidad que desconocía hasta ese momento, así como una incomprendible tozudez en continuar creyendo en el amor, algo que para mí tan solo era una mentira.

Por supuesto, no pude evitar tomármelo como un desafío y me propuse mostrarle la verdad que se ocultaba detrás de todos los engaños que la rodeaban. Tal vez así su mirada dejase de parecer tan ingenua.

Mientras la esperaba dispuesto a mostrarle los placeres de la infidelidad, seguí observando intrigado las fotos que había colocado en su perfil: en una de ellas, su mirada parecía oscilar entre la timidez y la decisión mientras posaba con su pareja junto a un enorme y estúpido globo en forma de corazón, como si estuviera retándome y señalando ante el mundo que yo me equivocaba y que la fidelidad y ese amor en los que ella creía eran algo digno de ser defendido en lugar de lo que yo opinaba: que eran una farsa. Sonreí cínicamente a causa de esa estúpida idea, ya que en realidad esa mujer era una más de los clientes que se acercaban a mi empresa para descubrir lo que era la infidelidad, un deseo que, tras ver su retadora mirada, yo me encontraba más que dispuesto a satisfacer, siempre y cuando fuera entre mis brazos.

\* \* \*

Cuando Abby llegó frente a las puertas del despacho hacia el que la elegante recepcionista de ese inusual negocio la había guiado, tomó aire para tranquilizarse mientras repasaba una vez más el discurso con el que pretendía convencer a ese hombre para que borrara todos sus datos de su empresa y quedar así libre del estúpido chantaje de sus amigos.

Tras llamar sutilmente a la puerta, una profunda y sugerente voz la invitó a pasar. Y en cuanto entró en la estancia y sus ojos se cruzaron con los del cínico sujeto que la esperaba, supo que ninguna de sus palabras llegaría a conmoverlo.

El empresario que la aguardaba, de metro ochenta y cinco de estatura y tan solo veintisiete años de edad, se levantó ofreciéndole un asiento delante de él, lo que permitió a Abby ob-

servar el elegante porte y el caro traje hecho a mano de Armani que vestía, totalmente de negro, salvo por un único toque de color: el de una llamativa corbata roja que ella no tardó en interpretar como un toque irónico por parte de su interlocutor, lo que a juicio de Abby quedaba realizado al observar un bol repleto de jugosas manzanas rojas adornando su impoluto escritorio.

Unos fríos ojos azules no dejaron de mirarla con curiosidad, acompañados de una sonrisa ladina que no le procuró ninguna tranquilidad a la hora de adentrarse en ese lugar para tomar asiento, tal y como él le sugería.

—Usted debe de ser la señorita Abby Parker. La estaba esperando —anunció el pecaminoso sujeto mientras se apoyaba despreocupadamente delante de su mesa sin apartar los ojos de la incauta que, sin duda, había entrado por error en su terreno.

—Sí, soy yo... Verá, señor...

—Evans, pero puede llamarme Eric —replicó Eric, sonriendo ante el dubitativo corderito que había penetrado en su guarida.

—Verá, señor Evans —insistió Abby, haciendo caso omiso de su petición—, se trata de mi solicitud para contratar sus servicios... En realidad es un error.

—¡Ah! ¿De verdad? —preguntó Eric irónicamente. Y, decidido a jugar un poco más con esa tímida mujer, añadió—: No se preocupe, ¡ahora mismo vamos a repasarla!

Después de coger el expediente que tenía sobre la mesa, lo abrió con despreocupación. Y mientras leía en voz alta cada uno de los datos que, probablemente, habían sido proporcionados en medio de una buena borrachera, no pudo evitar jugar con una de las manzanas rojas que tenía a su alcance, aumentando con ello el nerviosismo de su cliente.

—Veamos. Edad, veinticinco años. ¿Eso es correcto? —interrogó tras una rápida mirada—. En el apartado de «Medidas» me ha respondido con el emoticono del dedo corazón. Bueno, no se preocupe por eso: las mujeres siempre suelen mostrarse algo quisquillosas ante esta cuestión. Aunque yo, de un simple vistazo, puedo deducirlas. Poseo amplia experiencia en el asunto...



»Continuemos: en “Profesión”, usted contesta “Luchadora profesional”. Sin duda es una respuesta muy imaginativa —dijo Eric, repasando la menuda figura de su cliente—. Pero si se trata de algún tipo de fantasía suya, estoy dispuesto a que practique conmigo en una lucha cuerpo a cuerpo. En “Dirección”, me pone “A tomar por...”.

—Como puede ver por los datos que hay escritos, esa solicitud solamente es un desafortunado error que he venido a remediar —intervino Abby, interrumpiendo la lectura del ingenioso y ofensivo registro que ella y sus dos amigas habían completado, totalmente beodas.

—Yo le aconsejaría que pusiera usted esa respuesta en el apartado «Deseos y fantasías» —continuó Eric, ignorando sus palabras—, un campo que la mayoría de los clientes mantiene en blanco porque no saben qué poner, aunque veo que usted sí, ya que lo ha completado con la carta de un menú de postres.

—Lo siento mucho, señor Evans, tan solo he venido a aclarar este malentendido y a pedirle, por favor, que borre mis datos de su registro de clientes. De esta manera, ahora que todo queda explicado, creo que lo mejor será que me vaya: no quiero hacerle perder su valioso tiempo —anunció Abby mientras se levantaba de su asiento, dispuesta a marcharse al creer erróneamente que al fin había solucionado todos sus problemas.

—No —negó contundentemente él mientras cerraba con brusquedad la carpeta y la dejaba sobre su escritorio.

—Perdón, ¿qué ha dicho? —preguntó Abby sorprendida.

—Que no voy a borrar sus datos de mi empresa —respondió él con despreocupación mientras daba un mordisco a esa tentadora manzana con la que no había dejado de jugar.

—¿Y por qué no? —inquirió impacientemente Abby, volviendo a tomar asiento.

Eric se tomó su tiempo para contestar a esa pregunta, y solo cuando comprobó que tenía toda la atención de esa mujer sobre él, dejó oír su respuesta:

—Por la única pregunta que ha contestado usted con sinceridad.

—¿Eh? ¿Se puede saber cuál es esa pregunta? —quiso sa-

ber Abby, molesta por no haber conseguido que ese hombre, al igual que sus amigas, la dejara en paz.

Eric dejó la manzana sobre la mesa y cogió de nuevo la solicitud de Abby. A continuación se acercó a ella para mostrarle algo, y, mientras lo hacía, no dejó de mirarla a los ojos ni un solo instante, como si estos pudieran decirle más que ella misma.

—«Motivo para apuntarse a nuestra empresa» —recitó Eric, para luego cerrar abruptamente la carpeta delante de Abby. Y mientras ella daba un pequeño repulso de sorpresa ante su repentino movimiento, Eric no pudo evitar obtener ventaja al susurrarle al oído una verdad que Abby no podría negar—: «Venganza»...

Luego se retiró y se situó al otro lado de su gran escritorio para tentarla con su proposición.

—¿Está segura de que no me necesita para eso?

—Sí, estoy totalmente segura de que llegaré a solucionar mis problemas sin tener que recurrir a sus servicios. Después de todo, la fidelidad es algo imprescindible en una pareja y...

—¡Puf! ¡Por favor! La fidelidad es una farsa sobrevalorada: estadísticamente, el sesenta por ciento de los hombres son infieles, y el cuarenta por ciento de las mujeres siguen sus pasos. Esto nos demuestra una cosa de la que debemos aprender...

—¿El qué? ¿Que las mujeres son menos promiscuas?

—No: que mienten mejor... —repuso Eric con cinismo mientras conseguía que su clienta se enfureciera ante sus insultantes palabras.

—¡Mire, señor Evans...!

—Mejor llámeme Eric. Después de todo, puede que lleguemos a ser íntimos amigos... —pidió el joven empresario mientras sonreía ladinamente a la ingenua mujer.

—Señor Evans —insistió Abby, negándose a tratar con familiaridad a ese desagradable sujeto—, yo no debo aparecer en sus archivos porque soy una persona que cree en el amor y en la fidelidad, y aunque por unos instantes pensé en vengarme de mi prometido de esta manera, aquello solamente fue una locura inducida por el alcohol. Yo nunca le haría algo así a la persona que amo.

—El alcohol muchas veces saca a relucir nuestros mayores deseos.

—¡Pues esos no son los míos! —manifestó tajantemente Abby mientras se levantaba de su asiento y se dirigía hacia la salida sin importarle demasiado que sus datos siguieran o no en esa empresa.

Sin embargo, sus firmes pasos se detuvieron en cuanto ese hombre comenzó a hablar, tentándola de nuevo con sus servicios.

—Dígame, Abby, ese prometido suyo..., ¿se preocupa mucho por su aspecto cuando sale de casa, seguramente hacia alguna reunión de negocios en donde resulta imposible localizarlo? ¿Recibe multitud de mensajes que se niega a contestar mientras está con usted? ¿Ha encontrado algún comprobante de algún regalo que nunca ha recibido? ¿Sus excusas referentes al trabajo son cada vez más penosas?

—Sí, ¿y qué? —replicó Abby, volviéndose airadamente hacia el hombre que, con sus palabras, no permitía que pudiera dejar de lado la realidad que desde hacía algún tiempo se negaba a ver.

—Pues que no dude ni por un momento de que él le es infiel. ¿Por qué no prueba usted también a serlo y deja atrás el papel de corderito asustado? —propuso Eric mientras le arrojaba una de las pecaminosas manzanas que tenía sobre la mesa, haciendo que Abby la cogiera al vuelo—. ¿Qué dice? ¿Cerramos el trato y le muestro los servicios que puede proporcionarle mi empresa? —insistió con una perversa sonrisa.

—Lo siento, señor Evans, pero no soy ese tipo de mujer —respondió retadoramente ella, intentando devolverle la manzana.

—Pero el problema aquí, Abby, es que él sí es *ese tipo* de hombre —dijo Eric, negándose a coger el pecaminoso fruto que ella pretendía entregarle—. Déjelo: ya me la devolverá en otra ocasión. Después de todo, aquí la estaré esperando.

—¡Pues será mejor que espere sentado, señor Evans, porque, de lo contrario, tanto usted como sus manzanas pueden acabar pudriéndose de pie! —exclamó ella antes de abandonar el despacho. Aunque, eso sí, la pecaminosa manzana se fue con ella, acompañada además por las carcajadas de ese indecente hombre que, en el transcurso de su encuentro, la había tentado en más de una ocasión con sus palabras.